

PRÁCTICAS POLÍTICAS EN LA HISTORIA DE CHILE.
CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Iván Jaksić

17 de Octubre, 2018

Muy buenas tardes, en primer lugar muchas gracias a Ernesto Rodríguez y al Centro de Estudios Públicos por organizar este grato encuentro, en donde vamos a discutir el tomo “Prácticas Políticas”, editado por mi colega y amigo Juan Luis Ossa, que es parte de la colección *Historia política de Chile, 1810-2010*, de la cual soy el editor general. Pienso que el aporte que puedo hacer en esta ocasión es referirme al origen de este proyecto, y esbozar sus propósitos principales. Este proyecto surgió al calor de una serie de discusiones, inspiradas precisamente por el bicentenario de la República de Chile en 2010. Con Juan Luis queríamos reconocer el avance logrado en estudios de historia política en otros países y enriquecer los festejos del bicentenario con una reflexión académica y de larga duración respecto de lo que han significado estos 200 años para la política chilena. La manifestación institucional de este proyecto fue la creación del Centro de Estudios de Historia Política (CEHIP) en el seno de la Escuela de Gobierno de la Universidad Adolfo Ibáñez, cuyo propósito central era y sigue siendo ir más allá de la tradicional historia política institucional para incorporar nuevos campos de estudios y nuevos actores. Esta obra, que incluye otros tres tomos que tratan sobre “Estado y Sociedad”, “Problemas Económicos”, e “Intelectuales y Pensamiento Político”, es el producto de cinco años de esfuerzos conjuntos e interdisciplinarios que intentan arrojar luces tanto sobre la historia política del país como plantear nuevas metodologías de trabajo. Lo que la inspira es la convicción de que la política se manifiesta en una multitud de dimensiones que van más allá de las instituciones y organizaciones. Es decir, por ejemplo, que la posibilidad de depositar el voto en una urna no es la única forma de participar en un proceso electoral. O que las únicas formas de resistencia ante un régimen autoritario son las protestas masivas en las que los individuos son apenas constitutivos de una masa. Metodológicamente, las herramientas tradicionales de la historia social permiten acceso a un amplio campo de la experiencia humana, pero también lo permiten otras disciplinas relevantes como son la antropología, la sociología, la economía y la ciencia política.

Además de la *metodología*, esta obra se propuso consciente e intencionalmente incorporar diferentes perspectivas. No hay sesgo político o nacional que la caracterice. Por el contrario, busca deliberadamente incorporar las perspectivas de nacionales y extranjeros, como asimismo de

académicos tanto en el comienzo como en la plenitud de sus carreras. Hoy en día, lo que se requiere es la colaboración, el intercambio y la confrontación de ideas, lo que solo es posible cuando se generan los espacios que permiten una discusión libre y un proceso de revisión constante de los textos escritos.

Para ello se procedió de la siguiente manera: En una primera instancia se convocaron a cuatro grupos de académicos especialistas en cada uno de los temas tratados por los diferentes tomos de la obra. En ese primer encuentro, un grupo de aproximadamente una docena de académicos presentaron algunas ideas preliminares acerca de cómo cada uno de ellos abordaría el tema central de los diferentes tomos desde su particular experiencia académica y perspectiva metodológica. Los editores, por su parte sugirieron formas prácticas de abordar y ordenar los capítulos, de manera que en su conjunto tuvieran alguna coherencia. En particular, invitamos a los autores a considerar tres puntos centrales en la elaboración de cada capítulo.

En primer lugar, *la periodización*, que no sería impuesta artificialmente sino que sería desarrollada internamente de acuerdo a la evolución particular de los temas tratados. El ejemplo más obvio es el de la llamada “República conservadora” que tradicionalmente se concibe como firmemente instalada en el período 1830-1860. Tanto desde el punto de vista de los desarrollos intelectuales como económicos es imposible ceñirse a fechas tan específicas. Asimismo, una interpretación literal de ese período hace imposible entender el surgimiento del liberalismo, como también las bases liberales tanto de la Constitución de 1833 como del Código Civil de 1855. De la misma forma, resulta imposible definir exactamente cuándo empieza o termina la llamada “transición” democrática. Los autores fueron invitados a considerar cuáles eran las fechas y períodos que surgían naturalmente como corolarios de sus estudios.

En segundo lugar, *el uso de rótulos y conceptos ya desgastados por el uso y el abuso*. Por ejemplo, la noción de “élite” o “élites” como apropiados para definir grupos de interés, tanto organizados como espontáneos, que han surgido en la historia como respuesta a una constelación de cambios políticos ya sea en el ámbito nacional o local. Los editores conminaron a los autores a buscar conceptos apropiados y ajustados a las realidades que describían. Asimismo, los invitaron a considerar la evolución histórica de ciertos conceptos. Por ejemplo, ¿significaba “democracia” en la década de 1820 lo mismo que en 1874, 1973, o 1990? Lo mismo se aplica a los conceptos de “república”, “liberalismo”, “clase”, “reforma” o “revolución”.

En tercer lugar, los editores invitaron a los autores a que abordaran el reiterado lugar común del *excepcionalismo* chileno. ¿Si de verdad existe, exactamente en qué sentido? La intención de este particular llamado responde a la llamativa ausencia en las historias de Chile de elementos comparativos y transnacionales que afectan a una multitud de naciones y de las que Chile no es una excepción. Embates como la Guerra Fría, o las crisis económicas de los 30 y 80 en el siglo XX no son solo problemas que afectan a Chile, sino que tienen raíces y orígenes en otros ámbitos. La invitación, por lo tanto, era a matizar las conclusiones respecto de Chile cuando son susceptibles de comparación con otras experiencias. En otras palabras, al peso de la noche chilena es preciso agregar el peso de otras noches.

Luego del primer encuentro, los autores de cada tomo procedieron a redactar una versión más completa de sus capítulos, con el compromiso de revisarlos luego de un intenso período de discusión. Con ese fin, se procedió al nombramiento de cuatro lectores y ulteriores comentaristas que opinarían sobre los tomos en general y los capítulos en particular. Quienes generosamente aceptaron cumplir con este papel fueron Hilda Sábato para el tomo sobre prácticas políticas, Eduardo Zimmermann para el tomo sobre Estado y sociedad, Rory Miller para el tomo sobre problemas económicos, y Carlos Altamirano para el tomo sobre intelectuales y pensamiento político. Todos los autores se reunieron para una segunda ronda de encuentros, en los que tanto los comentaristas como los demás autores del tomo respectivo aportaron comentarios específicos a partir de los textos escritos. Luego, el editor o editores de cada tomo resumieron las indicaciones generadas en cada encuentro y los autores procedieron a una redacción final, la que fue finalmente revisada para producir un diálogo entre los tomos, uniformar las citas, evitar repeticiones y generar una versión final para la editorial. El Fondo de Cultura Económica, como una de las editoriales hispánicas de mayor relieve internacional, fue la primera preferencia de los editores, precisamente para situar a Chile en un diálogo directo con la experiencia de otros países.

Este proyecto editorial surge de la convicción de que sólo un trabajo colectivo de esta naturaleza puede pretender algún grado de exhaustividad. Con toda la admiración que pueda sentirse por las monumentales obras de Diego Barros Arana o de Francisco Antonio Encina, no es simplemente posible o recomendable que una obra general sobre doscientos años de historia tenga una perspectiva unívoca o que siga una determinada filosofía de la historia. Lo que busca más modestamente es enriquecer el diálogo, clarificar los conceptos, abrir nuevas puertas para la investigación y, en último término, superar las descalificaciones que lamentablemente abundan sobre la política. Es hora de ponderar seriamente la historia política de Chile: lo que ha hecho y lo

que aún es capaz de lograr mediante el principal mecanismo, la política, con el que cuentan las democracias modernas para dirimir sus diferencias y construir proyectos comunes de convivencia ciudadana.